

Segundo libro de la saga NEVERMOOR

# FABULANTOR

La  
LLAMADA de  
MORRIGAN  
CROW



DESTINO

JESSICA TOWNSEND

# FABULANTOR

LA LLAMADA DE MORRIGAN CROW

JESSICA TOWNSEND

Traducción de Elda García-Posada

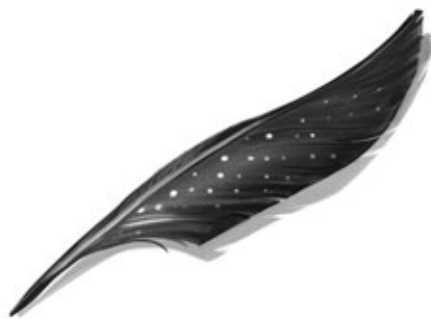
**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Windersmith. The calling of Morrigan Crow*  
Publicado mediante acuerdo con Lennart Sane Agency AB.  
© Ship & Bird Pty Limited, 2018  
Texto de Jessica Townsend  
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Jim Madsen, 2018  
© de la traducción, Elda García-Posada, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: marzo de 2019  
ISBN: 978-84-08-20542-5  
Depósito legal: B.3.244-2019  
Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).



## CAPÍTULO UNO

# EL ÁNGEL ISRAFEL

*Vísperas de Primavera,  
Invierno del Uno*

Morrigan Crow saltó del transparagüero castañeteando los dientes y con las manos congeladas agarradas al extremo de su paraguas de hule. El viento le había despeinado el cabello hasta extremos caóticos. Trató de arreglárselo lo mejor que pudo conforme se daba prisa por llegar a la altura de su patrocinador, el cual se encontraba unos metros por delante, corriendo a toda pastilla por la ruidosa y serpenteante calle Principal del Barrio Bohemio.

—¡Espera! —lo llamó ella abriéndose paso entre un grupo de mujeres con vestidos de satén y exuberantes capas de terciopelo—. ¡Júpiter, más despacio!

Júpiter North se volvió sin dejar de avanzar.

—No puedo ir más despacio, Mog. No va conmigo eso. Ponte tú a mi altura.

Al cabo de un instante, volvió a desaparecer a toda velocidad entre la masa informe de peatones, palanquines, carruajes tirados por caballos y carros motorizados.

Su patrocinada se apresuró detrás de él, sumergiéndose acto seguido en la nube de color azul zafiro y enfermizo aroma dulzón que acababa de echarle a la cara una señora que sujetaba un cigarrillo fino y dorado con la punta de sus dedos repletos de manchas azules.

—Puaj, qué asco —dijo tosiendo y apartando el humo.

Por un momento, le pareció perder de vista a Júpiter entre la bruma; sin embargo, transcurridos un par de segundos, distinguió de nuevo la parte superior de su cobriza cabeza meneándose arriba y abajo entre la multitud y salió otra vez corriendo para tratar de darle alcance.

—¡Una niña! —oyó que exclamaba la fumadora al ver cruzar su estela—. Mira, querido, una niña. Aquí en el Barrio Bohemio. ¡Qué horror!

—Será algún tipo de *performance*, querida.

—Ah, por supuesto. ¡Qué original!

Morrigan deseó para sus adentros poder tomarse un momento para detenerse y observar a su alrededor. Nunca antes había visto aquella zona de Nevermoor. Si no hubiera estado tan preocupada por no perder a Júpiter entre la marabunta, se habría deleitado emocionada ante las anchas calles flanqueadas por teatros, salas de música y espectáculos de variedades, ante el colorido revoltijo de luces brillantes y letreros de neón. La gente, ataviada con sus mejores galas, salía a raudales de los carruajes aparcados en cada esquina y era conducida hacia las grandes puertas de los edificios. Los vendedores callejeros gritaban y cantaban junto a *pubs* ruidosos haciendo señas a sus potenciales clientes para que se acercaran. Había restaurantes tan repletos de comensales que las mesas, con todos sus asientos

ocupados, se extendían hasta la propia acera, a pesar incluso de ser una helada víspera de primavera, el último día de invierno.

Morrigan llegó al fin al sitio donde Júpiter se hallaba esperándola, a la entrada de otro inmueble, el más concurrido y hermoso de toda la calle. Un reluciente establecimiento de mármol blanco y oro, que le pareció una especie de mezcla entre una catedral y un pastel de bodas. Una brillante marquesina iluminada en la fachada rezaba:

EL *MUSIC HALL* DE NUEVA DELHI PRESENTA A:

LA GRAN GIGI

y los

CINCO GORGORITEROS

—¿Vamos a... entrar? —preguntó Morrigan dejando escapar una nube de vaho.

Una punzada se abrió paso dolorosamente en sus costillas.

—¿Dónde? ¿Aquí? —dijo Júpiter observando con desdén el rótulo de los de Nueva Delhi—. No, por Dios. Ni muerto.

A continuación, echó una mirada furtiva por encima del hombro y, dejando atrás a la multitud, la condujo hacia abajo por una escalera que daba al callejón de detrás del teatro. Este era tan estrecho que se vieron obligados a avanzar en fila india pasando sobre montones de basura imposibles de identificar y escombros de ladrillos que se habían desprendido de las paredes. No había ni una sola luz allí, pero sí un fuerte hedor a algo asqueroso que se iba haciendo cada vez más potente conforme penetraban en el lugar, como a huevos podridos o a animales muertos, puede que a ambas cosas.

Morrigan se tapó la nariz y la boca. El olor resultaba tan dañino que tuvo que aguantarse las ganas de vomitar que de repente le entraron. No había nada que deseara más en el mundo que darse me-

dia vuelta y regresar por donde había venido. Sin embargo, Júpiter, que marchaba detrás, siguió empujándola al interior.

—Detente —dijo él cuando se aproximaban ya al final del callejón—. ¿Es esta? No. Espera. ¿Es esa?

Entonces, ella se volvió para ver qué sucedía y lo vio inspeccionando un trozo del muro que, por otra parte, parecía exactamente igual a cualquier otro. En ese momento, North presionó con suavidad con las yemas de los dedos la lechada entre los ladrillos, se inclinó hacia delante para olerla y, luego, le dio un lametón como de prueba.

Morrigan lo observó con asco.

—Puaj, para. ¿Qué estás haciendo?

Al principio, Júpiter no dijo nada. Se quedó contemplando el muro unos instantes, frunció el ceño y, por último, alzó la vista para mirar la estrecha franja de cielo estrellado entre los edificios.

—Eh... Creía que sí. ¿Sientes eso?

—¿El qué?

Él cogió su mano y la puso contra la pared.

—Cierra los ojos.

Morrigan se sintió ridícula; no obstante, hizo lo que se le pedía. A veces resultaba difícil saber cuándo le hablaba en broma o en serio, aunque, en aquel momento, tenía la sospecha de que se estaba quedando con ella. Después de todo, hoy era su cumpleaños y, a pesar de que le había prometido que no le daría ninguna sorpresa, sería muy propio de él haber elaborado un embarazoso e intrincado plan que culminara con una habitación llena de gente cantando *Cumpleaños feliz*. Ella se hallaba a punto de verbalizar sus recelos cuando...

—¡Ah! —soltó al sentir un leve zumbido en los oídos y notar un sutil y vago cosquilleo por la punta de los dedos—. Ah.

En ese momento, Júpiter agarró su muñeca y, siempre con delicadeza, la apartó un poco de la pared. Morrigan percibió una pequeña resistencia, como si los ladrillos tuvieran un imán y no quisieran dejarla ir.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es un poco complicado de explicar —murmuró él—. Sígueme.

A continuación, se inclinó hacia atrás y puso un pie en uno de los adobes; luego, el otro. Entonces, desafiando como si nada la ley de la gravedad y un tanto encorvado para no darse en la cabeza con el otro lado del callejón, empezó a caminar por el muro en dirección al cielo.

Morrigan se quedó atónita contemplándolo en silencio. Al cabo de unos segundos, se quitó de encima su estupefacción con una ligera sacudida. A fin de cuentas, ella era ahora una habitante de Nevermoor, una residente permanente del Hotel Deucalion y miembro de pleno derecho de la Sociedad Fabulánica; no era adecuado sorprenderse por aquellas cosas. Resultaba realmente necesario que dejara de pasmarse a la mínima extraña e inesperada vuelta de tuerca.

Así pues, respiró hondo (lo cual hizo que, de nuevo, casi vomitara al inspirar aquel horrible olor) y copió a la perfección las acciones que Júpiter acababa de realizar. En cuanto tuvo los dos pies plantados en la pared, todo lo que la rodeaba cambió de forma y perspectiva; sin embargo, pasados unos instantes, la realidad fue poco a poco adquiriendo sentido a su alrededor hasta que volvió a notarse perfectamente acoplada a ella. El espantoso hedor desapareció de súbito, y el aire frío y vigorizante de la noche ocupó su lugar. En un abrir y cerrar de ojos, el hecho de caminar hacia arriba por los muros de una callejuela con el cielo estrellado extendiéndose sobre su cabeza se había convertido en lo más natural del mundo. No pudo evitar echarse a reír.

Nada más emerger del callejón vertical, su campo de visión se puso del derecho de nuevo.

En contra de lo esperado por Morrigan, no se hallaban en la azotea del edificio, sino en otra travesía distinta, una ruidosa y bulliciosa esta vez, bañada por una pálida luz verde. Ambos se pusieron entonces al final de una larga y nerviosa cola de gente que se encon-

traba sujeta por una cuerda de terciopelo. El estado de ánimo general era contagioso. Ella notó una ligera oleada de emoción en su interior. Acto seguido, los dos se pusieron de puntillas para ver qué pasaba en la parte delantera de la hilera. Pegado a una puerta pintada de un desgastado color azul, un cochambroso letrero escrito a mano ponía:

MUSIC HALL DE VIEJA DELHI  
ENTRADA DE ARTISTAS  
ESTA NOCHE: El Ángel Israfel

—¿Quién es el ángel Israfel? —preguntó ella.

Júpiter no respondió. En su lugar, le hizo un gesto para indicarle que lo siguiera. Después, fue hasta el comienzo de la cola, donde una mujer de aspecto aburrido, vestida de negro de los pies a la cabeza (desde sus pesadas botas hasta las orejeras de lana que le colgaban alrededor del cuello), se hallaba apuntando nombres en una lista. Una indumentaria de lo más chula.

—La cola va hacia allí —dijo la señora sin levantar la vista—. Nada de fotos. Y no firmará ni un autógrafo hasta que termine el espectáculo.

—Me temo que no puedo esperar tanto —intervino North—. ¿Le importa si me cuelo un momentín?

La portera suspiró y le echó una mirada neutra y superficial mientras continuaba mascando su chicle con la boca entreabierta.

—¿Nombre?

—Júpiter North.

—Usted no está en la lista.

—No. Quiero decir, sí, ya lo sé. Esperaba que pudiera usted remediar dicha circunstancia —contestó él sonriendo a través de su barba pelirroja.

A continuación, se dio unos sutiles toquecitos en el pequeño alfiler dorado que llevaba en la solapa.

Morrigan se encogió un tanto avergonzada. Sabía que los miembros de la elitista Sociedad Fabulánica eran dignos de admiración en Nevermoor, y que, con frecuencia, recibían un trato especial con el que los ciudadanos normales y corrientes solo podían soñar; no obstante, nunca antes había visto a Júpiter intentar aprovecharse de manera tan descarada de los privilegios de su broche de oro. «¿Lo hará muy a menudo?», se preguntó.

La mujer no se sintió («lógico, por otra parte», pensó Morrigan) muy impresionada. Se limitó a fruncir el ceño ante la «F» dorada y pestañeó con sus dos ojos profusamente delineados con purpurina en dirección al rostro esperanzado de Júpiter.

—Aun así, no está en la lista.

—Seguro que querrá verme —dijo él.

Ella curvó el labio superior revelando una dentadura llena de incrustaciones de diamantes.

—Demuéstrelo.

North inclinó la cabeza hacia un lado y levantó una ceja, a lo cual respondió la portera con una mueca de impaciencia. Por fin, Júpiter emitió un suspiro, introdujo la mano en su abrigo y sacó una pluma negra salpicada de motas doradas. Acto seguido, comenzó a girarla entre sus dedos una y dos veces. Los ojos de la mujer se abrieron un tanto. Igual que su boca, cosa que permitió a Morrigan ver el brillante chicle azul que tenía encajado entre los dientes. La portera miró con inquietud la cola de gente, la cual había crecido de forma considerable a la espalda de Júpiter, y, a continuación, abrió la ajada puerta azul y les hizo un gesto a ambos con la cabeza para indicarles que entraran.

—Daos prisa. Empieza en cinco minutos.



Todo estaba oscuro detrás del escenario del Music Hall de Vieja Delhi. La expectación se palpaba en el aire conforme los regidores y ayudantes vestidos de negro cruzaban silenciosa y eficientemente de un lado a otro dando susurrantes indicaciones.

—¿Qué era esa pluma? —preguntó Morrigan en voz baja.

—Por lo visto, algo más persuasivo que el alfiler —murmuró Jupiter con cierta incomodidad antes de entregarle uno de los auriculares que acababa de birlar de una caja en la que ponía «EQUIPO TÉCNICO»—. Toma, pónelo. Está a punto de empezar a cantar.

—¿Quien? ¿El ángel Is... como se llame? —dijo ella.

—Israfel, sí —contestó él pasándose una mano por su cabello pelirrojo, señal de que, como bien pudo reconocer su patrocinada, estaba nervioso.

—Pero yo quiero escucharlo.

—Ah, no, te aseguro que no quieres. Créeme —respondió North al tiempo que echaba un vistazo hacia la audiencia a través del telón de fondo—. Nadie quiere escuchar cantar a uno de esos, Mog.

—¿Por qué no? —insistió Morrigan echando también una rápida ojeada.

—Porque es el sonido más dulce que se puede escuchar en la vida. Activará algo en tu cerebro que te reportará una paz perfecta e ininterrumpida, la mejor sensación que existe. Te recordará que eres un ser humano de los pies a la cabeza, impecable y completo, y que ya tienes todo lo que uno puede llegar a desear. La soledad y la tristeza no serán más que un eco distante en tu memoria. Tu corazón rebotará de felicidad y sentirás que es imposible que la vida pueda volver jamás a decepcionarte.

—Suena horrible —musitó ella.

—Es horrible. Porque es transitorio. Porque Israfel no puede seguir cantándote para siempre. Conforme el sonido de su voz va desapareciendo de tu mente, el sentimiento de felicidad perfecta del que te hablo va desvaneciéndose poco a poco, y al final vuelves a la realidad, con toda su dureza, su imperfección y su porquería. La sensa-

ción de pérdida y de vacío es tan insoportable que será como si tu vida se hubiera detenido en seco, como si te hubieras quedado atrapada en una burbuja mientras el resto del universo a tu alrededor prosigue con su vida imperfecta. ¿Ves a esa gente? —dijo Júpiter con gesto sombrío al tiempo que volvía a correr con mucha suavidad el telón y miraba de nuevo hacia el público, hacia el mar de rostros iluminados por el resplandor del foso de la orquesta, todos con la misma cara de expectación y de profundo vacío, llenos de anhelo, de deseo—. No son amantes de la música. No han venido para apreciar la maestría del recital.

A continuación, observó a Morrigan y añadió en un susurro:

—Son yonquis, Mog. Hasta el último de ellos. Han venido a por su dosis.

Ella contempló aquellos rostros hambrientos y sintió cómo un torrente gélido comenzaba a reptar por su cuerpo.

De pronto, la voz de una mujer irrumpió de golpe y silenció a la audiencia.

—¡Damas y caballeros! Les presento, en la que es su triunfal y trascendente actuación número cien aquí en el Music Hall de Vieja Delhi, al único y excepcional, al divino y celestial... —la maestra de ceremonias bajó el tono e hizo una pausa dramática—. Señoras y señores, muestren por favor su amor por... ¡el ángel Israfel!

El murmullo generalizado se rompió al instante en añicos. Todo el auditorio estalló en un estruendoso júbilo conforme la gente aplaudía, silbaba y vitoreaba. Júpiter le dio a Morrigan un golpecito con el codo en el costado. Ella se ajustó bien sus auriculares. Estos anularon por completo el más mínimo sonido exterior hasta el punto de que lo único que pasó a escuchar fue su propia sangre circulando por sus oídos. Sabía que no habían ido a ver el espectáculo. Tenían una misión mucho más importante que cumplir; sin embargo, aun así, la verdad es que le dio un poco de rabia no poder escucharlo.

La oscuridad del patio de butacas y el escenario se vio reemplazada de súbito por un brillante resplandor dorado que la obligó a

apartar la mirada un segundo. Luego, un haz de luz iluminó una silueta que, procedente de lo alto del opulento recinto, casi del techo, comenzó a sobrevolar por encima de la multitud; un hombre de una belleza tan rara y extraterrestre que Morrigan se quedó sin aliento.

El ángel Israfel permaneció flotando en el aire, suspendido en las alturas por un par de grandes y musculosas alas (llenas de plumas negras como la noche con unas vetas áureas e iridiscentes) que sobresalían de entre sus omóplatos latiendo lenta y acompasadamente. Debía de medir, por lo menos, tres metros. Su cuerpo, también fuerte y atlético, daba la impresión de ser, a pesar de ello, ágil y liviano, y su fría piel negra se hallaba surcada, cual ríos dorados, por pequeñas franjas parecidas a las que atraviesan un jarrón hecho añicos y recién recompuesto con metales preciosos.

Al cabo de unos instantes, el cantante observó a la audiencia con una mirada llena a la vez de impasible curiosidad y de benevolencia. A su alrededor, la gente lo contemplaba a él extasiada, llorando y temblando de la emoción, apretándose con fuerza entre sí. Varias personas del público se desmayaron allí mismo, sobre el suelo del auditorio. Morrigan no pudo evitar pensar que todo aquello era un poco exagerado. Ni siquiera había abierto todavía la boca para cantar.

Sin embargo, pasados unos segundos, lo hizo.

Entonces, todo el mundo se quedó paralizado.

Congelados como si nunca más fueran a poder volver a ponerse en movimiento.

Una paz silenciosa y duradera se extendió como un alud de nieve.

Morrigan podía haber sido capaz de permanecer allí, acurrucada detrás del escenario, viendo aquel extraño y sigiloso espectáculo toda la noche. No obstante, transcurridos unos minutos, Júpiter comenzó a aburrirse. «Qué típico de él», pensó.

En las tenues y nubladas profundidades del teatro, North acabó por dar con el camerino de Israfel, y ambos entraron para esperarlo. Solo cuando la pesada puerta de acero se cerró por completo su pa-

trocinador hizo un gesto indicando que ya resultaba seguro quitarse los auriculares.

Ella empezó entonces a mirar a su alrededor olfateando con la nariz. Todo estaba lleno de desperdicios. Latas y botellas vacías, así como tabletas de chocolate a medio comer y docenas de jarrones llenos de flores en distinto y avanzado estado de putrefacción, cubrían la totalidad del cuarto. Montones de ropa se hallaban desperdigados por el suelo, el sofá, la silla y el tocador, y un olor a prendas húmedas y sin lavar se extendía por doquier. El ángel Israfel era un cerdo.

—¿Estás seguro de que este es su camerino? —preguntó ella resoplando y soltando una risita desconcertada.

—Eh... Me temo que, por desgracia, así es.

Acto seguido, Júpiter recogió con cuidado diversos restos de basura que había encima del sofá, los depositó en una papelera y permitió que su patrocinada se sentara sobre el recién despejado cojín. Luego, dejándose llevar por el mismo impulso positivo y edificante, se tiró los siguientes cuarenta minutos ordenando, limpiando y transformando la estancia en un lugar habitable lo mejor que pudo. En ningún momento le pidió ayuda a Morrigan. Tampoco esta se la ofreció; no se hallaba dispuesta a meter mano en ese estercolero mortal para la salud ni con un palo de dos metros.

—Oye, Mog —dijo él mientras trataba de arreglar aquel estropicio—. ¿Y tú qué tal? ¿Estás bien? O sea... ¿Estás contenta? ¿Eres feliz? ¿Te sientes en paz?

Ella frunció el ceño. La verdad era que sí que lo estaba, hasta que se lo había preguntado. Siempre que alguien se interesa por saber si otra persona es feliz es porque piensa que hay una razón para que no lo sea.

—¿Por qué lo dices? —respondió su patrocinada achicando los ojos—. ¿Por qué no iba a estarlo? ¿Crees que algo va mal?

—¡No! ¡Nada! —replicó él un tanto a la defensiva y con tono estridente—. Nada en absoluto. Es solo que... cuando uno se encuentra con alguien como Israfel es importante hallarse en buen estado anímico.

—¿Por qué?

—Porque a las personas de su clase les gusta... absorber las emociones de los demás. No es, digamos, de muy buena educación visitarlo si uno se siente triste o enojado, ya que, de ese modo, se pone, aunque uno no quiera, de mal humor y se le estropea el día. Y, francamente, entre tú y yo, nuestro amigo no puede permitirse que eso suceda. Esto es demasiado importante. Así que... ¿cómo estás?

Morrigan dibujó una gran sonrisa en su rostro y, a continuación, levantó ambos pulgares hacia arriba.

—Vale —añadió él despacio con cara un tanto desconcertada—. Bueno. Eso es mejor que nada. De repente, a través del sistema de megafonía entre bambalinas, una voz anunció un intermedio de veinte minutos. Instantes después, la puerta del camerino se abrió de golpe.

Empapado de sudor y con las alas recogidas detrás de la espalda, la estrella del espectáculo se zambulló de lleno en la estancia y fue directo en dirección a un carrito que había al fondo lleno de botellas de licor de distintas tonalidades marrones. Acto seguido, se sirvió un pequeño vaso de un líquido color ámbar. Luego, otro. Se encontraba a la mitad del segundo cuando, por fin, pareció percatarse de que tenía compañía.

Entonces, se quedó mirando a Júpiter, apuró su bebida e, inclinando la cabeza hacia Morrigan, acabó por preguntar:

—Por lo que se ve, has recogido a una niña vagabunda de la calle, ¿no es así, querido?

Incluso al hablar su voz sonaba profunda y melódica. Al oírla, ella no pudo evitar percibir una sensación extraña en su interior, justo en la parte trasera de la garganta, algo semejante a una punzada nostálgica o a un anhelo, que la obligó a tragar saliva.

North sonrió.

—Morrigan Crow, te presento al ángel Israfel. Ningún otro canta tan salvajemente bien como él.

—Encantada de... —comenzó a decir su patrocinada.

—El placer es mío —la interrumpió el cantante señalando de in-

mediato y de forma un poco vaga a su alrededor y hacia el carrito—. No esperaba tener invitados esta noche. No tengo mucho que ofrecer, me temo, pero servís vosotros mismos.

—No hemos venido a que nos des de comer ni de beber, viejo amigo —contestó Júpiter—. Tengo que pedirte un favor. Es bastante urgente.

El ángel se dejó caer en un sillón, pasó una pierna por encima del brazo y miró con gesto torcido el vaso que sostenía entre sus manos. Sus alas se contrajeron y se recolocaron sobre el respaldo de su asiento como si fuera una frondosa capa de vestir. Sus plumas eran elegantes y suaves, con diminutos y sedosos copos en la parte inferior. Morrigan logró, no sin esfuerzo, resistirse a la tentación de levantarse y ponerse a acariciarlas. «Creo que podría resultar un poco raro que lo hiciera», se dijo para sus adentros.

—No sé cómo no me he dado cuenta de que no se trataba de una visita de cortesía —observó Israfel—. No es que no hayas venido a verme desde hace mucho, «viejo amigo», es que no te he visto el plumero desde el Verano del Once. Ni siquiera estuviste aquí la noche de mi triunfal estreno...

—Lo lamento. ¿Recibiste las flores que te envié?

—No. No lo sé. Es probable —replicó el ángel encogiéndose de hombros de forma petulante—. Me envían muchas flores todas las noches.

Morrigan estaba convencida de que el cantante intentaba hacer sentir mal a Júpiter; sin embargo, fue ella misma la que no pudo evitar arrepentirse por haberle fallado de aquel modo. Cosa muy curiosa, porque en su vida había hablado con él; no obstante, no podía soportar la idea de haberle hecho tan sumamente infeliz. Fue como si, de repente, notara en su interior el irresistible y apremiante deseo de compensarlo regalándole algo, una galleta, un cachorrito, lo que fuera.

Acto seguido, Júpiter sacó un rollo de papel hecho jirones y una pluma de su abrigo abotonado, se los ofreció en silencio a su amigo y dijo:

—Sé que recibiste mi carta.

Israfel ignoró la oferta y continuó girando el vaso sin decir ni pío.

—¿Lo harás? —insistió North todavía con la mano extendida—.

Por favor.

El cantante se encogió de hombros.

—¿Por qué debería hacerlo?

—No se me ocurre ninguna razón convincente. Aun así, espero que lo hagas de todos modos.

El ángel pasó en aquel momento a observar con gesto opaco y cauteloso a Morrigan y, al tiempo que daba un sorbo a su bebida y volvía a dirigir su mirada de nuevo hacia su colega, replicó:

—Solo hay una cosa que pudiera haber llevado al gran Júpiter North al patrocinio. Por favor, no dudes ni un segundo en corregirme si me equivoco.

Morrigan dirigió asimismo su atención hacia su patrocinador. Los tres permanecieron durante unos instantes en un pético e incómodo silencio, el cual Israfel pareció tomarse como confirmación a sus sospechas.

—Una Fabuladora —dijo el cantante en voz baja.

A continuación, suspiró profundamente, se pasó una mano por la cara con gesto de cansancio e, ignorando la pluma, agarró el pergamino que sujetaba Júpiter.

—Eres mi mejor amigo. Y también el tonto más grande que he conocido. Así que sí, por supuesto que voy a firmar tu estúpido pacto de salvaguarda. Por inútil que sea. Una Fabuladora... Venga ya. Qué cosa más ridícula.

Morrigan se removió en su asiento. Se sentía incómoda y un tanto molesta. Resultaba indignante ser tratada con condescendencia por alguien cuyo camerino era semejante fosa séptica; así que, intentando parecer altanera y ajena a los comentarios del ángel, comenzó a olfatear el aire a modo de velada insinuación.

Júpiter frunció el ceño.

—Izzy, no te imaginas lo mucho que te lo agradezco. Aunque

supongo que te darás cuenta de que es un tema muy confidencial. Ha de quedar entre...

—Yo sé guardar un secreto —lo interrumpió Israfel conforme se echaba hacia atrás.

Acto seguido, de un súbito tirón, se arrancó una de las plumas negras de sus alas. Luego, sumergió su punta en un tintero que reposaba sobre el tocador y garabateó una descuidada firma en la parte inferior de la página. Por último, le devolvió el documento a North con gravedad y tiró la pluma a un lado. Esta permaneció aleteando en el aire, con sus motas doradas atrapando con primor la luz de la estancia, hasta llegar al suelo. Morrigan quiso recoger aquel tesoro y llevárselo consigo; sin embargo, eso habría sido como irse de allí con la ropa del ángel o algo así.

—Si te digo la verdad, pensé que vendrías antes. Supongo que te has enterado de lo de Cassiel, ¿no?

—¿Qué le pasa? —contestó Júpiter sin levantar la mirada mientras soplaba sobre la tinta tratando de secarla lo más rápido posible.

—Se fue.

North dejó de soplar en el acto. Sus ojos se encontraron con los de Israfel.

—¿Se fue? —repitió.

—Desaparecido.

—Imposible.

—Lo mismo pensé yo. Y, sin embargo...

—Pero él es... No puede, sin más...

Israfel lo observaba con gesto sombrío. A Morrigan incluso le dio la impresión de que el ángel parecía un poco asustado.

—Y, sin embargo... —dijo de nuevo.

Al cabo de un momento de silencio, Júpiter se levantó y cogió su abrigo, indicándole a su patrocinada que hiciera lo mismo.

—Lo investigaré.

—¿Lo harás? —preguntó el cantante con tono escéptico.

—Te lo prometo.



Después de bajar otra vez por la pared del callejón, se adentraron en la estridente calle Principal del Barrio Bohemio, la cual se hallaba iluminada por las luces de neón como si fuera pleno día. Luego, anduvieron unos minutos entre la multitud hacia el transparagüero; en esta ocasión, a un ritmo mucho más pausado y civilizado que antes. Júpiter le puso con firmeza una mano en el hombro a su patrocinada, como si acabara de recordar que se encontraban en una zona extraña y hormigueante de la ciudad y debía mantenerla cerca.

—¿Quién es Cassiel? —preguntó ella mientras esperaban en el andén.

—Uno de los de la panda de Israfel.

—La cocinera solía contarnos historias sobre ángeles —dijo Morrigan acordándose de su casa familiar, la Mansión de los Crow—. El ángel de la Muerte, el ángel de la Piedad, el ángel Arruina-Cenas...

—Esto no es exactamente lo mismo.

Morrigan no entendía.

—¿No son ángeles?

—Bueno, habría que echarle un poco de imaginación para poder llamarlos así, pero sí que son seres celestiales en cierto modo.

—Seres celestiales. ¿Qué significa eso?

—Ya sabes... Habitantes de los cielos. De los que les gusta volar. Tienen alas y las usan. Cassiel es una figura importante en los círculos celestes. Si es que de verdad ha desaparecido... No sé, sospecho de todas maneras que Israfel está equivocado. O que exagera, por lo menos. Siempre le ha gustado ponerse dramático al viejo Izzy. Aquí viene. ¿Lista para saltar?

Justo en el momento adecuado, Morrigan y Júpiter engancharon sus paraguas a los aros metálicos del engranaje móvil y se agarraron con todas sus fuerzas conforme el transporte cruzaba a toda veloci-

dad el laberinto de barrios que conformaban Nevermoor. Los cables del transparagüero se extendían por toda la ciudad siguiendo patrones insondables, entrecruzándose por avenidas y callejones, elevándose a continuación por encima de los tejados y de las copas de los árboles. Estúpidamente peligroso, zumbando de un sitio a otro sin que sus viajeros tuvieran más que sus propios paraguas a lo que aferrarse si no querían caerse y acabar destrozados en el suelo. Sin embargo, a pesar de lo aterrador, resultaba emocionante al mismo tiempo ver pasar volando a todas aquellas personas y edificios mientras el viento lo azotaba a uno en la cara. Esas cosas eran las que más le gustaban de vivir en Nevermoor.

—Oye, tengo que decirte algo —dijo Júpiter nada más tirar de su palanca, liberar su paraguas y saltar del veloz transparagüero para aterrizar en su barrio—. No he sido sincero del todo contigo. Acerca de... lo de tu cumpleaños.

Morrigan aguzó la mirada de forma sospechosa.

—Ah... —replicó con fría indiferencia.

—No te enfades —continuó él mordiéndose uno de los carrillos de la boca con gesto de culpabilidad—. Es que..., bueno, Frank se enteró de que era hoy y... ya sabes cómo es. Cualquier excusa es buena para celebrar una fiesta.

—Júpiter...

—Además... ¡todo el mundo en el Deucalion te adora! —exclamó él elevando su tono de voz hasta agudos aduladores sin precedentes—. No puedo privarlos de una razón para celebrar el nacimiento de su queridísima Morrigan Crow, ¿verdad que no?

—¡Júpiter!

—Ya, ya lo sé —afirmó North levantando las manos en señal de rendición—. Dijiste que no querías que se armara ningún alborozo. No te preocupes, ¿de acuerdo? Frank me prometió ser discreto. Solo el personal del hotel, tú, yo y Jack. Apagas unas cuantas velas, te cantan el *Cumpleaños feliz*...

Ella soltó un gruñido de protesta. Solo imaginarse la escena ha-

cía que le subiera por el cuello hasta la punta de las orejas el rubor colorado de la vergüenza.

—Nos comemos un trocito de tarta y ya está, liquidado. Todo se habrá terminado hasta el año que viene.

Su patrocinada lo fulminó con los ojos.

—¿Será discreto? ¿Me das tu palabra?

—Te lo juro —respondió él llevándose de forma solemne una mano al corazón—. Le dije a Frank que contuviera las ganas de decírselo a nadie más. Luego, que, cuando creyera que lo estaba haciendo bien, se contuviera un poco más. Así hasta que llegara a sentirse realmente desencantado por todo lo que tenía que contenerse. Y, por último, llegados a ese punto, que se contuviera todavía otras diez veces más.

—Sí, y ¿crees que te hará caso?

North se hizo el ofendido en tono de burla.

—Escúchame bien, ya sé que yo soy el señor Tío Tranquilo Don Relajado Nada Importa y todo eso, pero estoy seguro de que te habrás dado cuenta de que mis empleados me respetan.

Morrigan levantó una ceja de manera educada e incrédula.

—Frank sabe quién es el jefe, Mog —añadió Júpiter—. Sabe quién firma los cheques. Créeme. Si le digo que sea discreto, será...

De repente, se interrumpió de golpe y se quedó con la boca abierta nada más doblar la esquina de la avenida Humdinger, la cual daba a una calle dominada por la enorme y glamurosa fachada del Hotel Deucalion, sitio en el que vivían... y lugar asimismo que Frank, el vampiro enano, planificador extraordinario donde los haya, había, como era evidente, vestido para la ocasión.

El Deucalion se hallaba cubierto de millones de lucecitas rosadas en forma de flamenco que iluminaban hasta el rincón más oscuro de la noche, despliegue que, lo más probable, pensó Morrigan, podría llegar a ser visto desde el espacio exterior.

—¿... todo lo contrario? —finalizó su patrocinada por él, a quien se le habían agotado las palabras.

Reunidos en los escalones de acceso de la entrada principal no solo se encontraba el personal, sino también, al parecer, hasta el último de los huéspedes permanentes alojados en el Deucalion, así como varios inquilinos de paso. Sus caras brillaban de emoción alrededor de una lujosa tarta helada de cumpleaños de nueve pisos de color igualmente rosa, la cual se le antojó a ella más apropiada para un banquete real que para un simple duodécimo cumpleaños. Una banda de música se hallaba colocada junto a la fuente y, en cuanto Frank dio la señal, comenzaron a interpretar una conmovedora y épica marcha conforme Morrigan y Júpiter se acercaban. Coronando la escena, una gigantesca marquesina luminosa con enormes letras parpadeantes rezaba de un extremo a otro de la azotea:

## MORRIGAN CUMPLE DOCE AÑOS

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS! —gritó toda la multitud de empleados e invitados.

Acto seguido, Frank le hizo un gesto al sobrino adolescente de North, Jack, y este prendió la mecha de un buen montón de fuegos artificiales que salieron silbando propulsados en el aire en todas direcciones, bañando a la comitiva allí reunida con rastros de polvo de estrellas.

Dame Chanda Kali, la famosa soprano y Jefa de la Orden de los Susurradores del Bosque, se arrancó entonces con una teatralizada versión del *Es una chica excelente* (la cual atrajo en el acto a tres petirrojos, un tejón y una familia de ardillas que se lanzaron a sus pies con adoración).

Charlie, el chófer y coordinador de la flota de transporte del Deucalion, había preparado y ensillado uno de los ponis para que la homenajeadá entrara en el hotel subida a lomos del animal.

Kitchari, el conserje, y Martha, la chica de mantenimiento, sostenían sendos y radiantes regalos entre sus brazos.

Y Fenestra, la gigante magnífega y jefa de los servicios de limpieza, aprovechó la confusión generalizada del momento para, con discreción, deslizar una de sus enormes pezuñas por el glaseado rosa de la tarta.

Júpiter le lanzó a Morrigan una ansiosa mirada de reojo.

—Me parece que voy a tener que hablar tranquilamente de este tema con el departamento de contabilidad.

Ella negó con la cabeza tratando de disimular sin éxito la sonrisa que comenzaba a abrirse camino por las comisuras de su boca. Al instante, un cálido resplandor se extendió por su pecho como si fuera un gato allí acurrucado que ronroneara de alegría. Nunca antes le habían organizado una fiesta de cumpleaños.

La verdad era que la de Frank no estaba nada mal.



Más tarde, endulzada hasta el delirio por la fantástica tarta de cumpleaños y agotada por las interminables felicitaciones de los más de cien invitados, Morrigan se arrastró hasta el nido de gustosas mantas, semejante a una crisálida, en el que se había transformado esa noche su cama (era evidente que esta era perfectamente consciente del día tan largo que ella había tenido) y se durmió casi en el mismo instante en el que su cabeza tocó la almohada.

Entonces, al cabo de lo que le pareció no más de medio segundo, se despertó.

Se despertó, pero no en su cama.

Se despertó, pero no en su cama, y acompañada.